XXX

Biblioteca Mignon.

—

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres

(2.ª y última serie).

DIBUJOS DE SÁNCHEZ GERONA



B. RODRÍGUEZ SERRA, DIRECTOR

—

MADRID



BIBLIOTECA MIGNON

CARTAS DE MUJERES

BIBLIOTECA MIGNON

I. V. Medina.—*Aires murcianos.*
II. A. Palacio Valdés.—*¡Solo!*
III. Clarín.—*Las dos cajas.*
IV. Wagner.—*Historia de un músico en París*
V. González Serrano.—*Siluetas.*
VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
X. J. O. y Munilla.—*Tremielga.*
XI. J. M. de Pereda.—*Para ser buen arriero...*
XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
XIII. V. Blasco Ibáñez.—*La cencerrada.*
XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
XIX. P. A. de Alarcón.—*El clavo.*
XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXII. Narciso Oller.—*La bofetada.*
XXIII. E. Marquina.—*Églogas.*
XXIV. P. Baroja.—*Idilios vascos.*
XXV. F. Acebal.—*De buena cepa.*
XXVI. Dr. Mariscal.—*Morfinismo.*
XXVII. M. del Palacio.—*Un soldado de ayer.*
XXVIII. M. de Cervantes.—*El curioso impertinente.*
XXIX. Dr. Catatraveño.—*Los niños que sufren.*

XXX

Biblioteca Mignon.

JACINTO BENAVENTE

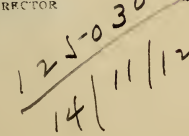
Cartas de mujeres

(2.ª y última serie).

DIBUJOS DE SÁNCHEZ GERONA

B. RODRÍGUEZ SERRA, DIRECTOR

MADRID





Marzo, imp. S. Hermenegildo, 32 d.º



CARTAS DE MUJERES

—

SEGUNDA Y ÚLTIMA SERIE

I

Dichosa tú, que lo pasas tan bien, según dices, por no haberte dado la pícara ocurrencia de venir aquí como todos los veranos. No tienes idea de cómo está esto: es una desolación, un desastre. Con el luto de los Vallespino y la ausencia de los Monterosa que viajan este año por Alemania, ha caído esto en manos de cuatro cursis, que campan y bullen á su antojo. No sé si te acordarás de las de Ansúrez; unas pobrecillas que

viven aquí todo el año, tres hermanas, huérfanas de un brigadier, sin más bienes que la pensión de orfandad. Comúnmente las llaman: *¿Por quién suspiras?* Porque siempre que mientan á su papá, y no se les cae de la boca, ó fantasean de sus grandezas pasadas, de sus recepciones y bailes suntuosos, allá en la Habana y Puerto Rico, exhalan en terceto suspiros tristísimos que parten el alma. Otros las llaman también con mote de juego de prendas: *Soy*, *Tengo* y *Quiero*, por lo espetadas y sobre sí que andan siempre, y á la menor, que de las tres es cifra y compendio. *Como muy agraviada*. Las pobrecillas andaban siempre á mal traer por no tener entrada en casa de los Vallespino y de los Monterosa, y no es decible lo que ellas han tramado para tratar y codearse

con la sociedad escogida que se reune aquí los veranos, sin conseguir más de una tolerancia indulgente. Pero este año, como se han visto solas y señeras, sin un poder moderador de sus extralimitaciones, esta es la nuestra, se han dicho, y su desenfreno no conoce límites. Las malditas de cocer me han plantado su tienda en la playa. Una tienda regia de conquistadoras. ¡Qué tiene que ver la nuestra, ni la de Vallespino, ni la caseta regia, si aquí la hubiera! Allí tapices de Smirna por los suelos, allí farolillos y sombrillas japonesas por el techo, allí pinturas (de la menor, competidora de Rose Bonheur) y platos (que faltarán en la mesa) por las paredes. Un derroche de *fantesía*. Puestas en camino de perdición, claro está que no habían de pararse en tan

buen principio, aunque una mala pasada de bromista de Pinares, estuvo en poco de dar al traste con su naciente gloria. Figúrate que llegó un respetable señor de Vitoria, y como aquí es la comidilla diaria, le dijeron al punto: ¿No conoce usted á las de Ansúrez? ¿No ha visto usted su tienda? El buen señor creyó de buena fe que la tal tienda lo era de comercio, y las Ansúrez, tenderas acomodadas y, por lo tanto, personas de viso en una localidad reducida. Vió Pinares ocasión propicia para una broma, afirmó al buen señor en su idea, y sin darle tiempo para mejores informes, presentáronle de sopetón á las tres hermanas. El infeliz, deshaciéndose en cumplidos, creyó el más halagüeño hablarlas de su comercio. «Ya, ya tenía noticia de ustedes—dijo mi hom-

bre—. Y es digno de admiración verdaderamente, en este país, donde la mujer no suele ser elemento de cultura y prosperidad, hallar seño·ras como ustedes, activas, empren·dedoras..» Escuchábanle las Ansúrez embelesadas, empapándose por to·dos sus poros como confitura, en el almíbar de la lisonja; cuando el buen señor, dejándose de equívocos, las espetó buenamente. «¿Y fundaron ustedes el comercio, ó se lo dejó á ustedes su papá establecido?» Aquí sí que fueron las tres muy agraviadas y no fué suspiro sino rugido la ex·presión unísona de su sentimiento. Y el pobre señor, impertérrito ante miradas, capaces de anonadar y con·fundir á cualquiera, sin parar aten·ción en las risas mal contenidas ni en los codazos avisadores de sus acompañantes, proseguía inquirien·

do sobre el género de comercio, rendimientos, contribución, con un interés impertinente de puro obsequioso. Fué un paso de sainete. Ellas, sin poder contenerse, caen iracundas sobre el señor, haciendo armas de abanicos y sombrillas. El señor, dándolas por locas, se defiende como puede. De los espectadores, unos ríen alborozados, otros procuran poner paz, otros piden explicaciones y enzarzan más los ánimos. Consecuencia del lance fué, que las Ansúrez estuvieron por unos días retiradas en su tienda, retraídas de todo trato y *comercio* con gentuza tan grosera, sin sociedad y sin principios. Hablaron de marcharse á San Sebastián, donde tenían sus relaciones, ó á Biarritz, donde estaban invitadas por la condesa de Ozores, ó á Ostende (en clase de ostras, digo

yo, pero este equivoquillo francés no lo entienden ellas). Por fortuna, hubo quien se dió maña para des-



agraviarlas. Una comisión de jóvenes les dirigió un memorial en verso, escrito en tercetos, sacando á relucir á las tres gracias y á las tres diosas de la manzana (alusiones delicadas

á ser ellas tres) y á cuantas unidades célebres .. no sé si tambien á las hijas de Elena y al Cancerbero. Pronto corrió la voz, confirmada por sendos tarjetones, repartidos con profusión democrática, de que las Ansúrez, en prenda de paz, obsequiaban á forasteros é indígenas con un gran baile en el jardín (ocho metros cuadrados) de su *villa* Gaviota. Hacíase cuento de los preparativos y hubo quienes pasaron los días al atisbo de ellos; así es que todos sabíamos al día que las de Ansúrez habían encargado á una modista de Bayona dos vestidos nuevos, y habían dado á reformar otros dos, que habian pedido figuras de cotillón á Biarritz y música á Madrid, que habian comprado una garrafa grande, una vajilla y seis docenas de copas, que habian dado á componer cuatro

sillas y una mecedora y que entre las tres andaban en ajustar un frac de su papá, el general, al corpachón de Ignacio, un pobre rústico que las sirve de hortelano, de mandadero y mayordomo, todo en una pieza. Echada á broma la cosa, acordamos asistir á la fiesta, seguros de pasar un buen rato. No lo he pasado mejor en mi vida. Para contar los mil lances del baile, haría falta un escritor de chispa. Tanto me divertí, que desde aquella noche, puedes creerlo, las de Ansúrez me son simpáticas. ¡Cuántas veces nos aburrimos en fiestas magníficas! Y si, como dice no sé quién, el que convida, tiene á su cargo, mientras permanecen en su casa, la dicha de los convidados, las de Ansúrez cumplieron el precepto como nadie.

¿Y quieres que te lo diga en se-

creto? Las pobres cursis de quienes tanto nos reimos, son más felices que nosotras. Nuestro gusto, refinado con sutilidades de critica, jamás nos consiente satisfechas. Siempre vemos defectos en nuestro tocado, en nuestra casa, en nuestras fiestas. Créelo, envidio á las de Ansúrez; envidio á las cursis; poseen el talismán de la felicidad: la inconsciencia.

Por esta carta verás cómo pasamos aquí la vida y cuánto agradecemos cualquier entretenimiento. Ahora preparan las de Ansúrez una *kermesse* á imitación de la que hicimos el año pasado. Dios se lo pague. Sin ellas nos moririamos de fastidio. Empecé maldiciendo de ellas y acabo bendiciéndolas. Sí, hija mía; en este desamparo, sin los Vallespino, sin las Monterosa, sin vosotros, me siento cursi... Estoy por irme á San

Sebastián para inficionarme del todo ó volverme á Madrid, donde ni cursis hay en verano. Tu apasionada.





II

¡Qué trabajo, qué lucha me costó decidirme! Como tentación infernal, combatí mil veces, con oraciones, las asechanzas de este maligno espíritu poético, que sutilmente se apoderaba de mí y por entero me poseía. Y no contento el traidorzuelo con revolver tempestades dentro de mí, enviando en oleadas del corazón á la

cabeza, sensaciones confusas, jirones de ideas, imágenes borrosas, pedíame con dominio irrefragable, vida de mi vida para dar forma fuera de mí á el caos revuelto, germen de un mundo que, con ansias de vida, agitaba todo mi ser, ya en palpitación angustiosa, ya en estremecimiento de alegría. Si hay en nosotros voluntad, con toda mi voluntad pretendí vencer. Si hay una fuerza irresistible, predestinación fatal ó ley divina, superior á la voluntad, ¿qué puedo contra ella? No lucho más. Acepto mi destino. Humillada bajo mi triste condición, no rechazo ni su nombre afrentoso. ¡Soy poetisa!

Afrontando burlas y crueldades, recogí en mi libro cuanto desbordaba en mi alma. Te envío el primer ejemplar, á ti, única amiga mía, que lo acogerás con piedad cariñosa. De

viva imaginación y cultura exquisita, sé que hay en ti una artista malograda. Por dicha tuya, no fué tu vocación imperiosa, y Dios te permitió otro camino. Será en ti el don del Arte un adorno, una gala pendida en tu hermosura; flor de árbol tan florido, que bien puede arrancarse una sin que la hermosura del árbol desmerezca. En mí, la triste flor es sola y arraigada tan hondo, que no es posible arrancarla sin descuajar de raíz el árbol. ¡Pobre libro mío! No le festejes con admiracion regocijada como á hijo bien nacido en alegría; acógele compasiva, como á hijo de pecado y de vergüenza. No es que reniegue de él; le engendré con amor, y es algo muy mío. Pero ahora, al verle delante de mí, trazado en letras que no son las mías, en arreo de marcha, por esos mun-

dos, me parece que es menos mío, siento... lo que siente una madre al ver un hombre en el hijo que llevó en sus entrañas. Ya el amor de su madre no le basta, ni de él ha de vivir, ni por él puede nada; de otros dependen su dicha ó su desgracia. ¿Qué puede ya la madre? Abrir los brazos para acoger al hijo, cuando á sus brazos vuelva, destrozado de las luchas del mundo y abrazarle y decir: ¡Pobre hijo mío!

Considera cuánto ha de pasar éste y cuánto pasaré yo de rechazo. Como anticipo, sufrí ya mil contrariedades. Mi padre no disimula su disgusto; mis hermanos, ó se burlan ó me reprenden; amigos y conocidos, unos abiertamente, otros con falsedades de cumplimiento, me muestran su sentir bien á las claras. No hay duda; soy para todos un bicho raro,

una calamidad que aflige á mi familia. Y me pregunto: ¿Tendrán razón, Dios mío? Cristiana soy, no dudo de mi libre albedrío; pero contra el impulso de cantar, nada puedo. Dios me ordena seguirle para mi gloria ó mi castigo. ¿Por qué se burlan, porqué me atormentan? Soy poetisa, como sería hermosa ó deforme en mi corporal hechura. Las almas tienen también su forma. Respetémosla, porque es hechura de Dios. ¡Y fundaran siquiera su menosprecio en la calidad de mi poesía! Pero si hasta ahora nadie pudo juzgarla. Por mi condición de mujer, se ensañan conmigo. Y no sólo gente vulgar, que nada hay más intransigente que la ignorancia, sino personas cultísimas de espíritu abierto y superiores miras, indulgentes en su filosofía, no ya con flaquezas humanas, sino

con el pecado y aun con el crimen. ¡Triste inferioridad de la mujer, y qué esfuerzo y aliento sobrehumanos no supone la que, elevándose de ruindades y miserias, sigue impávida su camino, llega á la cumbre y desde allí domina... y perdona. *Fame is love disguised* ha dicho Shelley. Para nosotras, la gloria no es amor, gracias que sea odio; que al fin, si es contrapeso, es también la medida de nuestra gloria. Pero renombre y gloria amargadísimos, para preferirlos á la calma de una existencia ignorada. Para el hombre escritor, leído y admirado, el público es una prolongación de la familia. Para la mujer escritora, la familia misma es una parte del público, con entrada y puesto en su hogar. ¡Hermoso para el artista es hallar por el mundo desconocidos, de quie-

nes no lo era y antes de verle le distinguían en su afecto! ¡Muy triste es hallar en las personas queridas dejos acerbos de la crítica del extraño!

Está echada mi suerte. No he de gozar yo privilegio de los que excelsas escritoras no gozaron. Fué una Santa Teresa, y todo un nuncio de Roma calificóla con desdeñoso enfado, de femina inquieta y andariega, metida á escritora. Y si de otras menos excelsas me acuerdo, ¡qué de frases y epítetos más duros, desde el epigrama, afilado en sutil ingenio, á la grosera injuria! Críticos comedidos y enguantados, si de sentar la mano á cualquier escritor se trata, así sea el mayor zarramplín, tratándose de escritoras, dejan comedimientos y finuras á un lado, y, como según frasecilla hecha, puesto

que pretendemos invadir el terreno propio del hombre, justo es considerarnos despojadas de femeniles prerrogativas; tanto se les olvida que somos mujeres, que concluyen por olvidar que ellos son hombres.

¡Si pudiéramos con segura firmeza no dejarnos influir de la crítica! ¿Pero qué artista es capaz de aislarse en sí propio, sin atender más juicio ni más crítica que los de sola su conciencia artística? ¿Quién no intenta ser admirado y comprendido una vez siquiera, así fuere preciso traicionar su entender y sentir del Arte? La crítica, creadora á su modo, ha hecho más de un artista y más de una obra de arte; digna de admiración y respeto es entonces: no cuando por sistema, oponiéndose á la natural expansión de un espíritu artístico, original, particularísimo,

tuerce y desorienta su natural impulso.

Pretender de un talento analítico observador, que, dejándose de nimiedades, nos exprese en grandes síntesis simbólicas su pensamiento; de un talento abarcador, simbolista, capaz de condensar en una gota océanos de ideas, que analice y desmenuce el suyo; que el poeta lírico, antes que de su alma, exprese las tristezas y anhelos de todas; que el humorista escéptico fije sus creencias y el creyente fervoroso, alguna vez apasionado, dude y vacile... es pretender que el rubio sea moreno, linfático el nervioso, triste el alegre ó al contrario. Estudien en buen hora, y dígannos si saben, por qué es el rubio rubio y no moreno y si por serlo es mayor ó menor su belleza. Pero tomarla con el infeliz, por-

que es rubio, imputárselo como delito y aconsejarle betunes para falsear la natural negrura. ¡Eso no, por Dios Santo, señores críticos! Pues advierte cómo influirá en nosotras una crítica que principia por considerarnos caso de Teratología. Por consiguiente, no rezan ya con nosotras leyes universales de estética. De aquí apreciaciones caprichosas é injustas. Si antes que nada parece la mujer en nuestros escritos, son éstos ñoñerías sentimentales, literatura casera ó de colegio. Si revelamos un talento enérgico y varonil, ideas atrevidas y originales, á pelo viene lo de llamarnos androginos, *bas-bleus*, hombrunas y marimachos, según la cultura del crítico.

Perdona esta larga y fastidiosa epístola, mejor prólogo íntimo de mi libro, dedicado á ti sola. Sé que pue-

do esplayarme contigo, amiga del alma, noble corazón, artista y poeta de raza de los que dijo Bryon: *Many are poets Who have never penn'd their inspiration, and perchance the best.*





III

Mamá, tengo que decirte muchas cosas; por eso no te enfades si no te escribo en francés. De los bombones que me trajiste, no me comí ni media docena La buena madre los repartió de merienda entre todas las niñas. Estoy muy triste. Me ponen unas lecciones muy largas, y todos los días nos dan pasas de postre. Yo

me como los rabitos para tener memoria; pero con la historia de Francia y de España me hago un barullo, que estoy loca. El piano también es muy fastidioso y la madre Galán tiene muy mal genio. Dice que la música domestica á las fieras, pues á ella no la ha domesticado. En cuanto una tropieza un poquito, la deja sin pasas. El otro día dejó á toda la clase, sin motivo. Es decir, con el motivo de quese habían concluído las pasas y se les olvidó mandar por más y á la hora del almuerzo no había postre. A Pepita Cortázar la sacan del colegio el mes que viene. Su mamá le ha traído un aya de Londres. Tiene una mamá muy buena y muy guapa. Cuando viene á verla, viene en coche y muy elegante. Pepita dice que su mamá tiene cincuenta vestidos, uno todo bordado

de oro y que en su casa todo es de plata; pero las otras niñas dicen que es una mentirosa, que su papá está cesante y que en su casa no comen más que sopa y cocido, y de almuerzo los garbanzos que sobran del día antes, fritos con patatas. ¡Y á mí que me gustan tanto los garbanzos fritos! No sabía yo que era feo comerlos. En casa de Antoñita Castuero, es donde dice Conchita Valle que comen muy bien y dan bailes. El otro día trajo un periódico que hablaba de uno y ponía los trajes de las señoras, y á Pepita, que nos dijo que su mamá había estado con un traje de terciopelo y un collar de brillantes, la dejamos por embustera, porque el periódico no decía nada de su mamá. Pepita, que es una antipática, nos dijo que su mamá no iba á esos bailes porque eran cursis,

pero que iba á Palacio y al Ayuntamiento y bailaba con todos los ministros; y cuando iba á algún baile, la regalaban tantos dulces y jamón y pavo trufado, que tenían para co-



mer tres días en su casa. Entonces saldréis de los garbanzos, la dijo Isabelita Casares, y Pepita la pegó y la arañó y dijo en francés una cosa muy fea de la mamá de Isabelita, una

cosa que traía el periódico y dice la buena madre que es pecado. A Conchita Vega la castigaron sin recreo, porque la encontró la madre Turón buscando en el Diccionario la palabra. ¡Pobre Conchita! Lo que ella dice: ¡Dichoso Diccionario; nunca que busco una palabra la encuentro, y me castigan encima!

Mamaíta, ya está cerca mi santo. ¿Vas á comprarme el vestido que me prometiste? Ya ves que estudio mucho, y si no fuera por la historia, sería la primera de la segunda sección, después de Carmencita Menéndez, que es la más aplicada. Adiós, mamaíta; hasta el domingo que viene. Muchos, muchos besos.

* * *

Cuando vengas á buscarme, no

vengas en el tranvía, ven en el coche; porque Pepita, para hacerme rabiar, dice que no tengo coche y que tú no vas á Palacio.

IV

Si lo sé que estoy loca; que tu amor es en mí enfermedad de muerte; no me abrumes con tus razones, que me dan certidumbre de ello. Con tu sensatez y cordura me dominas, pones orden y sosiego un instante en el tumulto de imaginaciones que me enloquecen; pero con el dominio de la razón, frío mortal penetra y discurre dentro de mí. Examino ya en calma mi conciencia, y considero con espanto cómo mi amor inmenso no sabe manifestarse sino con apariencias de odio. Tu mayor enemigo, ensañándose en ti cruelmente, no te atormentaría como yo te atormento. Dices tú que me gozo en atormentarte... Pues sabe la ver-

dad; ni en mi conciencia hay para ti secretos; gozo, sí. Lo que por mí sufres, me da idea y medida de tu cariño. Si no me quisieras mucho, no me sufrirías tanto. Todo tiene su límite, me dices. Mi cariño, no. Como quisiera que no lo tuviera el tuyo; con atormentarte infinitamente pruebo su infinidad ¿Que algún día me dirás: hasta aquí llegó? Ya lo sé. Ese día, como seré yo sola á padecer y á quererte, tendré el goce supremo de saber que es mi cariño mayor que el tuyo y persiste siempre. ¿Que son locura mis celos? Locura es mi amor todo; ¿pues crees tú que sin locura pudiera quererte como te quiero? Son mis celos imaginarios como es imaginario mi cariño. No es á ti á quien yo quiero; tú por ti mismo no mereces mi cariño. Es á una quimera que nació en

mí y que yo animé con mi alma. Exuberancia del espíritu, esencia suya, algo inefable que el alma ex-



hala en anhelo de amor y es religión, es arte, ó es amor simplemente, según que el alma lo eleva á Dios, lo fija en forma artística, ó lo encarna

en humano ser. Tú eres la efigie, representación de la idea divina que se adora. Eres el papel, el lienzo, la piedra; material del poema, del cuadro ó de la estatua; eres el hombre donde anima mi amor. Lo que yo quiero en ti, es algo mío... ¿Pues qué pensaste? Sin lo que yo puse en ti de mi alma, ¿qué valdrías?

V

No sé cuándo recibirás esta carta, que de oculto y extraoficialmente te envío. Con la estafeta no me atrevo á escribirte sino por fórmula cortesana, y no es así como yo te quiero, ni como han de contentarte mis cartas. Esta va en buenas manos, y más pronto ó más tarde, sé que ha de llegar á ti, y que tú sola tendrás de ella conocimiento. Por noticias oficiales, sabes ya los festejos con que se celebraron mis bodas y el agrado con que fuí recibida en mi nuevo reino. Aplausos, flores, aclamaciones á mi llegada, artículos, poesías laudatorias en los periódicos adictos á la dinastía; respeto á la nación amiga por mí representada, en

los periódicos republicanos y socialistas; menos en uno, que advirtió en mí no sé qué rasgos fisonómicos, señal de una raza de reyes decadentes. Con decirte que el articulista citaba en mi honor á Nerón, Cleopatra y Agripina, tendrás idea de su erudición y de sus intenciones. De otras hablillas de la corte, como la nuestra, abundante en ellas, no te diré palabra. Son las mismas de allá. Intrigüelas de partidos y camarillas, en las que bullen ambiciones, envidias, lisonjas y bajezas. Tela de araña hilada en oro, tendida por los rincones obscuros de los palacios, red que te envuelve y te aprisiona si intentas romperla á tu paso, y si advertida á tiempo la sacudes, suciedad que te mancha.

Al rey ya le conoces, es en la intimidad, lo que nos pareció siempre:

Prudente, reservado, escucha á todos... y estoy por decir, que no oye á nadie. No hay quien se atreva á decirlo, pero en confianza te lo diré yo: es sordo como una tapia. Si supiera que yo le he descubierto, sería capaz de divorciarme de su hijo. La sordera le favorece mucho y, en confianza también, yo creo que contribuye no poco á su fama de madurez y cordura. Por lo demás, con decirte que á su edad anda todavía de aventuras, y á lo mejor, como rey de comedia, se nos escapa de tapadillo por las noches... Federico se disgusta, porque el estado de la opinión no es para dar pretexto ni motivo al descrédito de la monarquía. El país está pobre, inquieto. Como pueblo joven con ilusiones y fe todavía, no se resigna desengañado á la quietud de los pueblos viejos y

gastados. Quiere probar aventuras y luchar y vivir. La juventud entusiasta es en él una fuerza y una esperanza. La Ciencia es aquí humanitaria, atrevida, con algo de soñadora que la asemeja á religión ó poesía. El Arte es elevado, patriótico y universal á un tiempo; no es un Arte caduco y nimio, es juvenil, idealista.

Para mí, educada en otras ideas, todo esto significa mucho; también para Federico, que observa y estudia la vida de su pueblo. Pero su padre, saturado en tradiciones venerandas, sordo de oído y de inteligencia, no ve el peligro ni lo presiente, adormecido en el ambiente cortesano, que descompone en iris de paz la luz que viene de fuera con poderosos resplandores. Mucho temo que cuando la luz llegue á él,

sea la del rayo. Es condición triste de los reyes no oir la voz de su pueblo hasta que grita en asonada. Tú me conoces como nadie. ¡Cuántas veces te he revelado mis sentimientos! Comprenderás que si en nuestra corte, sencilla, modesta, querida y respetada del pueblo, no dejaban de atormentarme temores y tristezas, mucho más han de atormentarme en una corte ostentosa, donde soy extranjera, y donde, á pesar de serlo, ó quizás por lo mismo, presiento mejor días muy próximos de lucha angustiosa. Será desmedido orgullo en mí creer que tantos hombres ilustres se equivocan; pero me parece que su ciencia de gobernar no anda muy acertada ni previsora. Al partido militar sólo le preocupa aumentar lo presupuesto para guerra. Todos los años ha de votar el Parlamento un

crédito extraordinario para ello. Si del partido economista y administrativo sale alguna protesta, tímida siempre y débil, el espectro, aparatosamente presentado de no sé qué terrible conflagración europea, basta á callarla y á unir á todos los representantes del país ante la idea patriótica. De modo tal, que exprimido el país de hombres y de dinero, en nombre de esa idea sublime, temo que muy pronto le reduzcan á una pura idea, y ese día no queden ya ni un hombre ni un cuarto para conmemorarla siquiera en algún monumento. Si pasamos al partido de orden, monárquico y tradicional, constituído en servidor y defensor de la monarquía, no procura más agrado ni bienestar que los del rey. Con descubrir conspiraciones republicanas ó inventarlas para descu-

brirlas, si no hay incautos que se las den hechas; con preparar aclamaciones de entusiasmo á cada paso de la corte y, como el otro, ante la idea de patria, ante la de monarquía, hacer espectro de las amenazas republicanas, da por muy bien servido al rey y á la patria; ideas, en su concepto, inseparables. Otro partido hay intermedio, del cual, con la pretensión de conciliarlo todo, milicia, rey y pueblo, digo yo, lo que el misántropo Alcestes, del contemporizador Philinte: *L'ami de tout le monde, n'est pas du tout mon fait.* Sólo en interregnos dificultosos vive y gobierna desmedrado, por compasión del rey, del ejército y del pueblo. Todos yerran y malgastan y cansan las fuerzas inútilmente. No; el peligro de la patria no está en una guerra extranjera, ni el de la monarquía

en motines republicanos. No son esos los peligros que amenazan á los Estados ni á los Gobiernos modernamente constituídos. ¿Para qué la guerra? No hay pueblo moderno que sienta la necesidad de ensanchar sus fronteras. (De alguno sé, ¡cuánto le pesa haberlo hecho y cómo repararía su error si pudiera!) No hay nación que no ocupe en el día el terreno material y moral que le corresponde. Ninguna es obstáculo á la prosperidad de las demás; todas, por el contrario, tienen infinidad de intereses comunes, que sólo unidas pueden guardar y defender. En el orden interior, ¿para qué cambio de instituciones? Los pueblos modernos tienen en todas las mismas libertades políticas por ellos conquistadas; si alguna les faltase, pueden obtenerla pacíficamente: el

Parlamento y la prensa son suyos; un rey y un ministerio son impotentes en la sociedad moderna para contrarrestar la opinión pública manifestada. Ni guerras con naciones extranjeras, ni revueltas políticas. Mayor es el peligro. El soberano más poderoso de Europa, al preguntarle por su actual situación, respondería si fuese sincero, cómo, más que los formidables aprestos de guerra y las alianzas trazadas en su daño por la nación enemiga, le preocupa y alarma cualquier huelga fabril ó minera en sus Estados; una huelga del hambre desesperada, sin más grito sedicioso ni político, que el del pobre que mendiga en la calle; pero sumado en proporción aterradora. ¡Tenemos hambre! He aquí el peligro, la guerra, la revolución futura. La guerra social, la guerra

del hambre. Ni razas contra razas, ni soldados contra soldados, ni re. yes contra reyes, ni república ni monarquías; pobres contra ricos, miserables contra poderosos. Lucha desesperada, espantosa, inminente, decisiva para la humanidad. Hermanos todos, mal repartida herencia nos divide. Aparente desigualdad de condición. Digo aparente, porque pesados en absoluta justicia los goces y las penas del mundo, siempre creí que á cada uno nos corresponde lote igual de unos y de otras. No sólo de pan vive el hombre, y la falta de pan del pobre, la lucha continua, despiadada, por defender su vida, que no vale lo que le cuesta, compensada está en el rico por otras luchas y otros cuidados. El dolor no puede medirse por la causa, sino por el efecto. Con igual amar-

gura llora el niño, codicioso de un juguete, que el hombre fallido en sus ambiciones. ¡Y cuántas veces una muñeca rota no costó más amar-



go llanto que la muerte de un ser querido! El mundo está en nosotros. Yo he visto al lord más poderoso de Inglaterra, loco de pena, desesperado, porque el mejor caballo de su

cuadra había perdido una carrera. La rabieta del lord, por motivo tan fútil, era, en cuanto al efecto del dolor causado, compensación de lo que pudiera en aquella hora misma sufrir un pobre obrero miserable, viendo morir de hambre á sus hijos. ¿Pero cómo pedir al obrero que se hiciera cargo de esta filosofía, sin que aumentase su desesperación el sarcasmo de comparar su desdicha con la del lord opulento? Y no obstante, en la balanza de la eterna Justicia, esas penas, en lo aparente tan distintas, serán equilibradas. De otra parte, vemos en fiestas populares, en cualquier reunión alegre de humildes artesanos, de pobres desheredados, un derroche tal de jubiloso contento, de alegría sana y despreocupada, que junto á ellas pareciera fúnebre danza de

muertos la fiesta mas espléndida de los poderosos. ¡Justa compensación de alegría y tristeza, reflejo de una justicia infinita y una infinita misericordia, esperanza del alma fortalecida por la fe religiosa! Pero no pidáis á todos fe, porque la fe es amor, y hay antros sociales donde, como en el infierno, no se ama nunca. Falta la fe, que es luz abajo; porque falta la caridad, que es calor arriba. No sólo de pan vive el hombre. Repartimos, eso sí, pan y vestidos y aun consejos fríos y razonados... pero sin amor, pan y calor del alma. Vamos á casa del pobre á humillarle con una limosna usuraria, que le damos por Dios, no por él; le servimos de comer en el asilo con mansedumbre hipócrita, porque sabemos bien los elogios que nos vale y lo bien visto de la moda. Pero sen-

tar al pobre con fraternal cariño á nuestra mesa, adonde se sientan tantas veces parásitos del vicio, aduladores y falsarios que nos detestan y á quienes detestamos; tomar parte mayor en sus penas y darle alguna más en nuestras alegrías, sin hacer de la caridad un adorno, un coqueteo para con Dios, á quien no se engaña como al mundo. ¿Qué somos para el pobre, sino odio y envidia, cuando nos ve pasar indiferentes, aislados de él por un ambiente de lujo para él irrespirable? Humillación y vergüenza cuando la caridad, no la filantropía, la beneficencia, nos llevan á socorrerle. Y nos cuidamos de él, ¿quién lo duda? Desde que nace hasta que muere, nos preocupamos en atenderle. En todas las grandes capitales se levantan edificios soberbios, muestra palpable

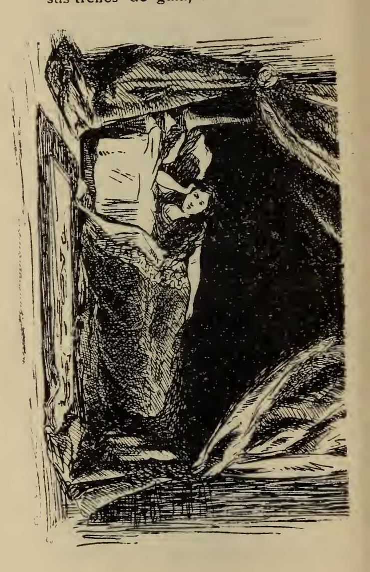
de ello. ¿Su nombre? Inclusas, hospicios, hospitales, cuarteles y cárceles. Hay quien de todos necesita, quien los recorre todos. Bien puede estarnos agradecido. Desde la hermana de la caridad, que le recoge en el torno, hasta el hermano que le descuelga del patíbulo. ¿Puede darse mayor solicitud? No me desdigo; compensadas están en todos las alegrías y tristezas de este mundo. Pero lo que nosotros podemos envidiar á los pobres en sus alegrías, es algo espiritual que no puede robarse. Sus risotadas, sus francas expansiones, sus afectos sencillos, lo que vemos en ellos con envidia, no podemos hacerlo nuestro y lo trocamos en lástima de nosotros mismos, en vez de labrar odio y rencor contra ellos. Pero lo que ellos envidian en nosotros es algo material y palpable;

todo lo que da el dinero y con dinero puede comprarse. De nuestras tristezas, ¿qué saben ellos, si nunca fuimos á contárselas? De nuestro lujo, que los deslumbra y los envilece, de eso sí, ya lo creo, y eso puede robarse, puede ser suyo... y lo será, que como Juvenal dijo de la insolente Roma: sobre nuestro lujo pesa el odio de los vencidos. Poderosos de la tierra, armad soldados, aumentad vuestros ejércitos, entretened con ellos el peligro; para la guerra futura no han de valeros. El soldado tendrá enfrente á sus padres, á sus hermanos, que vendrán del taller, del campo en contra vuestra, y los veréis, despavoridos, unirse á ellos, para luchar también contra vosotros. Ese día lucharemos todos; ellos, con el odio amasado con el dolor de cien generaciones miserables; nosotros,

en defensa desesperada. Cataclismo espantoso, destrucción de un mundo caduco, germen de otro tal vez regenerado.

Romperás esta carta; me asusta haberla escrito. ¡Una princesa revolucionaria! Qué lejos estarán de sospecharlo en la corte, donde me llaman la princesa Hamlet, por lo triste y sombría sin duda. ¡Ay! ¡Pesan muchos cuidados sobre mi frente y la nublan muchas tristezas? Un anhelo infinito de hacer bien consume mi alma y, ¡puedo tan poco!... ¡Pequeñez de una grandeza que envidiarán y odiarán tantos! ¡Pobres y desvalidos de la tierra! ¡Cuando veáis pasar á esta infeliz princesa entre el esplendor de su corte, no la miréis con odio! Ved que en sus ojos tristes hay lágrimas para todas las tristezas, miradas de compasión para

todos los desdichados. Al pasar en sus trenes de gala, ve al niño des-



calzo, sucio, desharrapado, que la contempla con ojazos absortos; á la mujer del pueblo, abrumada de un fardo, que con instinto femenil, examina y compara mis adornos y sus andrajos; al albañil suspendido en el andamio inseguro y que se cuelga de él á mi paso y por la paletada de yeso arrojada después con rabia contra el muro, adivino un insulto ó una amenaza... No me odiés, no. Vosotros no sabéis que aquella noche no puedo descansar en mi cama, endoselada de brocados, y en angustiosa pesadilla, veo pasar niños sin madre, mesas sin pan, hogares sin lumbre, la cama del hospital, la celda del preso. . y un río de llanto que lo anega todo; el llanto de todos los que padecen y con él se confunde y corre el mío, de compasión inmensa por todos los que lloran.



VI

Ya sabía yo que Madrid había de gustarte. Es muy precioso aquello. Tonta me quedé en verlo cuando estuve allá con tu padre. Entonces tú no habías nacido; que si supiera yo que un hijo mío tendría que ir á Madrid por fuerza, no me hubiese gustado tanto.

Ahora no sé qué me da de pensar que te tienen ahí solo, sin una persona que mire por ti y con el rigor

del servicio, que no sé hacer otra cosa más que pedir á Dios que nos saque adelante con tantos trabajos. En fin, tú dices que estás contento, y aunque yo creo que lo dices para que no me aflija, algo me consuela. D. Cipriano dice que no nos apuremos, que ahora no es como en otros tiempos, lo de servir al rey; que la milicia es ya otra cosa, y á poco que te espabiles y la tomes el aire, estarás muy ricamente. Así Dios y la Virgen Santísima lo hagan; que es muy duro criar á un hijo y que á lo mejor, cuando empieza á valernos, se lo quiten á una y se lo lleven á pasar trabajos. Por aquí, ¿cómo quieres que estemos? Sin saber lo que nos pasa desde que te fuiste. Tu padre no dice nada, pero yo le conozco y por dentro se roe y se concome, que tengo miedo que ha de caer malo.

Las chicas también andan suspirando todo el día y sin poder pasar bocado, que hay día que nos levantamos de la mesa sin probar la comida. Sin decirnos palabra, empezamos todos á mirar á tu sitio y á mirarnos unos á otros, y uno que hace un puchero, á otro que se le caen las lágrimas, te digo que hacemos un cuadro .. Mira tú, yo soy la más fuerte y tengo que regañarlos á todos. Tu padre ha prometido á las chicas, si tenemos buen año, llevarlas á Madrid para la Nochebuena, y allá iremos todos, si Dios quiere, y te veremos de militar, que te caerá muy bien, porque tienes presencia para ello. Hijo, que cumplas bien y no tengan que castigarte y ten paciencia, que una hora de mal camino pronto se anda. Muchos abrazos de tu padre y de tus hermanas, ex-

presiones de toda la familia y de todo el pueblo, que todos se acuerdan y nos preguntan si sabemos de ti, y tú recibe el corazón de tu madre que mucho te quiere y lo es...

*
* *

P. D. Escribe pronto y di cómo estás y si has visto al rey y á la reina y lo que más te gusta de Madrid, y consérvate bueno, que tú sí que eres el rey de tu casa y de tu madre, ¡hijo de mis entrañas!



VII

Con todo el dolor de mi corazón tomo la pluma para responder á tu carta descomedida sobremanera. Desagradables son siempre entre padres é hijos cuestiones de intereses. Más desagradables, tratadas en el terreno adonde pretendes llevar-

las. He dado orden de que no te faciliten fondos, no lo extrañes; veinticinco mil pesetas de deudas tuyas he pagado desde que te fuiste. En París, lo sé perfectamente, has gastado sin tino. Esto no puede continuar, porque sería la ruina de nuestra casa. Bien conoces la situación exacta de nuestra fortuna, en apariencia grande, pero sin solidez positiva. Para aumentar la renta, el capital comprometido en sociedades y negocios de garantía insegura. Sólo así hemos podido conservar nuestra posición después de la muerte de tu padre. Pero una quiebra, una liquidación desfavorable, una contingencia cualquiera, pueden arruinarnos. Con tolerancia bondadosa de madre, disculpé en los primeros años de tu juventud extravíos sin consecuencia, naturales y aun provecho-

sos, como lecciones de experiencia. Pero los extravíos de ahora pueden tener resultados fatales y no he de tolerarlo impasible, sin advertirte del peligro y aconsejarte lo que mi corazón de madre amantísima me dicta en bien tuyo. Piénsalo, estás á tiempo de salvarte, no se te ofrecerá mejor ocasión en tu vida. ¿Crees que tu salud ni tu fortuna te permitirán continuar por mucho tiempo esa vida de fiebre, en la que gastas por igual la salud del cuerpo y la energía del alma? Aunque salud y dinero no te faltasen, el cansancio, el hastío, te apartarían de ella, y ese día, ¿adónde volverás los ojos? A tu madre, que habrá dejado ya este mundo de penalidades, y á falta de tu madre, á un cariño verdadero y grande como el suyo, que sólo puedes hallar en una esposa honrada.

Vamos, hijo, un impulso del corazón, y verás á tu madre feliz y tranquila. Todo lo que he sufrido por ti lo daré entonces por bien empleado. ¿Que no te casarás sin amor y que no quieres á Elenita? ¡Pobre muchacha! Si no la conoces apenas; si has evitado siempre su trato por terquedad incalificable. ¡Es tan buena, tan cariñosa! No es una beldad, pero no puede decirse que es fea; tiene una expresión de dulzura que agracia toda su persona, y oyéndola hablar, encanta á todos. Segura estoy de que si la mirases sin prevención desfavorable, concluirías por quererla. ¡Por cuántas que no valdrán lo que ella habrás hecho locuras! Yo sé muy bien que los marqueses verían con agrado la boda, que dotarían á su hija espléndidamente (bien pueden hacerlo) por lo pronto. Más ade-

lante, como es natural y ha de suceder, aunque no se desee, Elenita heredará una de las fortunas mayores de España. Todo el mundo lo sabe, y que si no me engaño, será para ella sola, porque su pobre hermano está delicado del pecho y los médicos no le dan muchos años de vida. Tampoco el marqués está muy bueno. Debe de tener más de setenta años, porque doblaba la edad á la marquesa cuando se casaron, y Carmen es un poco mayor que yo. Por mi parte haría cuanto pudiera, con toda la alegría de mi corazón. Cedería á favor tuyo mi título de Robledales, el más antiguo que poseo; pondría en la canastilla de boda de tu futura, los títulos de propiedad de la Umbrosa y mis alhajas mejores. ¿Quiere más el niño mimado? ¿No estás harto ya de esos caprichos

de un día, por mujerzuelas sin corazón y sin dignidad? No se trata tampoco de enterrarte en vida. El matrimonio para un hombre no significa nada. Y que sin darte cuenta has de querer á Elenita. Si yo creyera otra cosa, líbreme Dios de pretender sacrificar tu corazón. Pero si nada sacrificas, si tus amoríos no son de los que interesan el corazón y llegan al alma... Y Elenita será modelo de esposas. Educación esmerada, natural distinción, gusto exquisito para vestirse... Una mujer que puede presentarse en todas partes, y que por lo mismo que no es una hermosura de esas *escandalosas*, no te pondrá en ridículo. Créelo; todo el mundo conoce que Elenita es hoy el mejor partido de Madrid; así andan tantos al retortero: vividores, buscadores desvergonzados que no pue-

den compararse contigo. Bien lo sabe Elenita, que á ninguno hace caso, y me pregunta cuándo volve·verás, con un interés, que es algo más que cumplimiento, aunque no sea amor todavía, como pensará el señor escéptico. Pues hay que creer en la virtud, siquiera para no ofender á tu pobre madre. Señor hijo pródigo, cuando regreses daré una gran comida y te sentarás al lado de Elena. Hay casualidades providenciales. Sabes que siempre es tuyo el corazón de tu madre.

HISTORIA DE UN DÍA EN TRES ESQUELAS

HISTORIA DE UN DÍA EN TRES ESQUELAS

—

I

Vergüenza me cuesta, pero has de perdonarme. Hoy no puedo asistir á la junta; el motivo es pecaminoso. Justamente de cinco á siete tengo que ir á probarme unos vestidos á casa de Laura. Ya sabes lo que es ella; si pierdo mi turno, me deja desnuda este invierno. ¿Estoy perdonada? Bien lo merece mi franqueza. Pude inventar otro pretexto. Otra junta piadosa, la jaqueca, el dentista... pues no, me entrego en pleno delito de coquetería. Así puedes de-



círselo á las amigas, seguras de que todas me absuelven. Me han dicho que la marquesa está expirando. ¡Pobre señora! Esta noche te veré en el Real. Hasta luego.

II

Mucho siento la mala obra, pero hoy me es imposible ir á probarme los vestidos. Precisamente de cinco á siete se reúne la junta de damas de la Honradez y el Trabajo, de la que soy secretaria, y no puedo faltar. Iré mañana á primera hora. No retrase, por Dios, los vestidos, el negro sobre todo, que nuestra presidenta está expirando, y si se muere, no sé cómo voy á ir á los funerales.

III

De cinco á siete.

PEDACITOS DE CARTAS

PEDACITOS DE CARTAS

—

....
....
....

¡Tu primer amor!... No lo creo! A tu edad sería ridículo que yo fuese tu primer amor.

....

Acércate esas violetas á la boca y te darán muchos besos de tu.......

....

Cuando escribes incomodado, ¡haces una letra!... De tu carta de ayer no pude entender nadá. Escribe más despacio; la letra resultará mejor... y el espíritu.

....

No te avisé la hora de la misa por-

que me ha regañado el confesor. Dice que vamos á la iglesia, no á oir, sino á ver oir misa, y es ofensa de Dios. Yo le hice el cargo de que los hombres sois tan irreligiosos, que si no es por la golosina de vernos, no ponéis los pies en la iglesia y menos oiríais misa, y algo es algo. Creo ha de conocerlo así, y el domingo que viene se conciliará todo. Pero no tosas á cada momento, no sé qué tiene la tos, que se contagia. El domingo pasado parecía la iglesia un hospital, y los que más tosíamos éramos los jóvenes. Así dice el confesor: ¡Qué juventud!

....

Luisa se casa, Pepita se casa, todos se casan... ¡Menos nosotros!

....

Si te quedaras pobre y no me dejasen casarme contigo, entraría en

un convento. Ya lo tengo pensado.

. . . .

Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya; por eso mismo, la tuya debe ser no contrariarme nunca.

. . . .

Gracias por mis cartas. Ya sabía yo que eres un caballero. ¡Que nos hemos querido mucho! ¿Quién lo duda? ¿Que sientes verme casada?... Vamos á cuentas: ¿Pensabas tú casarte conmigo? Y aunque lo pensaras; no eres tú de la madera de los buenos maridos. Hubiéramos sido muy desgraciados. Puedes quedarte con el retrato de máscara. Así como así, es en el que estoy más parecida.

. . . .

¿Dices que me quieres tanto como yo á ti? Demasiado sé que me quieres muy poco.

....

No es que me pareciera mal el regalo, sino el modo de hacerlo. El billete prendido en un ramo de flores, hubiera sido una delicadeza; mandado en un sobre, fué una grosería; pero hay pocos hombres que sepan poetizar esas miserias.

....

Te lo agradezco mucho; pero otra vez no andes con tonterías; las flores se marchitan en seguida y cuestan un sentido.

....

Tendremos una casita tan pequeña, que á poquita felicidad que entre en ella, la llene toda,

....

¡Eso es lo que me quieres! ¡Sabías que iban á subir las acciones y no me avisas.

....

¡Que razone con frialdad! Eso es pedirme que no te quiera.

. . . .

Un viajecito corto es lo más chic. Eso de pasear la luna de miel por los hoteles y museos *sent son bourgeois* Pasaremos ocho días en tu quinta y volveremos á Madrid para las carrreras.

. . . .

Ayer entré por vez primera en una iglesia para pedir que me quisieras mucho, y hace dos noches que estoy mirando al cielo á ver si vuela alguna estrellita; pero ninguna quiere molestarse en llevar mi petición. Veremos esta noche. Digo veremos, porque sabiendo que estaré asomada, pasarás por la calle.

. . . .

Habré tonteado con muchos, pero querer á ninguno... no lo creas.

....

No vengas á verme esta noche, que mañana voy á confesar.

....

Á ti no sé si te mataría; pero lo que es á ella...

....

¿Conoces que te engaño? Pues no te engaño.

....

¡Fingir amor! Muchas veces he oído historias de casamientos sin amor, por interés, por cálculo, y créeme, me daba miedo oyendo referirlas, y me causaban pesadillas, como los cuentos de fantasmas y de ladrones cuando somos niños.

....

No ver nada ó verlo todo negro es lo mismo. Pues esa es la diferencia entre el amor vendado y el amor sin venda.

. . . .

¡Cuatro días sin verte, y escribes dos renglones! No, hijo mío; cuando se quiere á una persona, el equivalente menor en papel de su cara es... cuatro caras

. . . .

¿Que no vaya al teatro esta noche? Pues no vayas el domingo á los toros. Así se prueba el cariño. Sacrificio por sacrificio.

. . . .

¡Cerca ó lejos! De dónde, es lo de menos. De quién, es lo importante.

. . . .

Todo acabó. Sé muy feliz. ¡Qué trabajo me cuesta desearte la felicidad! Si eres feliz, no vas á acordarte nunca de mí.

. . . .

Suprime los besos en tus cartas, que se puede perder alguna.

. . . .

Te considero indigno, despreciable. No querría que fueras mi padre, ni hermano, ni hijo mío; no te estimaría como amigo... y te adoro. ¡Esto es un castigo!

. . . .

¿Que harás lo que yo haga? Siempre harás algún disparate.

. . . .

¿Qué quieres que te aconseje? Un médico, amigo mío, muy desvergonzado, asegura que la medicina mejor para los enfriamientos es la cama.

. . . .

Las primeras lágrimas que nos cuesta, son el bautismo del primer amor.

. . . .

Dicen que la música expresa lo inefable del sentimiento, que no podría expresar la palabra. Pues el beso es la música del amor.

. . . .

Hacernos reir cuando estamos tristes, cualquiera puede hacerlo. Hacernos llorar cuando estamos alegres, ¡eso sí que no puede hacerlo más que uno!

. . . .

¿Si es preferible el amor de un hombre vulgar al de un hombre de talento? El del primero, podrá estar siempre mejor formado; pero el del segundo, estará siempre mejor vestido.

. . . .

Las grandes actrices del amor, como las del teatro, no buscan en el amante un rival de genio: les basta una medianía, con tal que sepa *darles la réplica* y prepararles los efectos.

. . . .

¿Cómo podemos amar lo mismo á

un hombre de mérito que á un ser despreciable? Por la misma razón que



en el Museo admiramos por igual el Cristo y cualquiera de las sabandijas de Velázquez. Porque el amor es un gran artista.

. . . .

Bien sé que las mujeres amamos por lo regular á quien lo merece menos. Es que las mujeres preferimos hacer limosnas á dar premios.

. . . .

Voy á confesarme contigo. El otro día, cuando faltaste á verme, me dió mucha rabia, después mucha tristezo. Luego supe que estabas enfermo, que por eso no habías venido á verme, y... ¿ves que maldad? Lo primero que sentí fué alegría; una alegría muy grande. Me asusté de mí misma. ¡Dios sabe... y tú también, si te quiero con toda el alma! Pues entonces debí sentir que fuera una enfermedad el motivo de no verte, y no cualquier otro, sólo en perjuicio mío. ¡Y esto es amor, no hay duda! Pero, ¡Dios mío!, qué malos somos y qué grande debe ser el infierno!

. . . .

Porque somos miopes los enamorados, usamos cristales de aumento.

. . . .

¿Que no eres tú mi primer amor? Figúrate muchos amores, formando en el corazón un montoncito. Hay muchos, ¿no es verdad? ¿Pero cuál es el primero? El que está debajo de todos ó el último que se colocó encimita. ¡Tontín de mi alma! ¿Lo ves como es el tuyo el primero?

. . . .

En amor, el perdón eleva al que perdona; pero humilla al perdonado, y en fuerza de perdonar y de elevarme, cuanto te humillo á ti, llegará un día en que nos hallemos muy lejos uno de otro.

. . . .

. . . .

¿Que sacrifico por ti mi felicidad?

¡Si eso es lo único que no puede hacer el amor! ¿Sacrificar la felicidad por quien se ama! ¡Pues qué mayor felicidad!

FIN



0,75 **Ptas.**